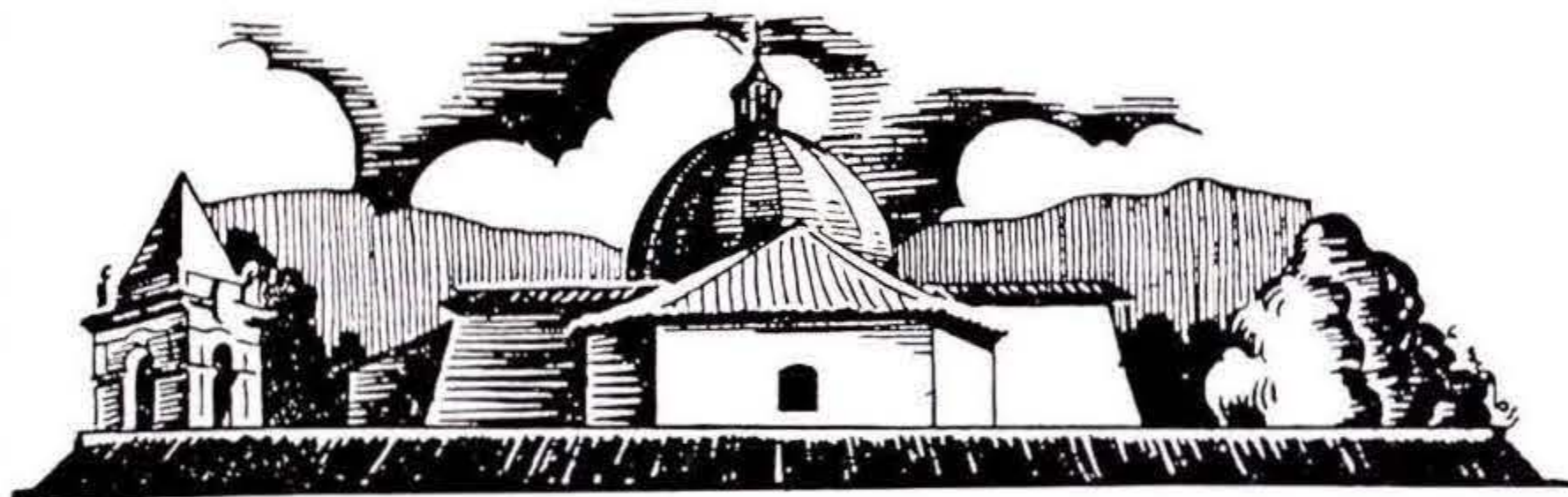


que motivan estigmas corporales [...] —tenían raíz en el alma y eran, como quien dice, producto de una autosugestión del enfermo [...]. Las ingéni-

cuyo número alarmante de obras es tanto como el de su falta de arte y oficio, o floripondescos distribuidores de palabras, o indolentes escribi-



tas facultades hipnóticas y telérgicas de Saulo era suficientes para liberar esa fuerza, la *vis medicatrix naturae*, fuerza del organismo capaz de gestar defensas contra la enfermedad [...]. De allí que Jesús se tomase el cuidado de insistir en que sus curaciones no eran resultado de poderes personales suyos, sino de la propia fe del enfermo (con lo cual, en últimas, se limitaba a significar la autosugestión)". De hecho, la "resurrección de Cristo" fue claramente el resultado de una "autohipnosis", la "catalepsia profunda, el estado de *Jinas*, el trance perfecto. Los latidos de su corazón se harían imperceptibles, su cuerpo rígido como el de Lázaro en la tumba".

Al igual que en *La tejedora de coronas*, o en *Los cortejos del diablo*, novelas que enriquecen con creces el panorama de la narrativa latinoamericana, en *El signo del pez* Germán Espinosa vuelve a adueñarse de una época, hasta en sus mínimos detalles, y nos la entrega, con su vigoroso estilo, quedando incluso la sensación de que el mismo autor es otro de los habitantes de su novela, de la época en que ésta palpita, y que ha regresado desde remotos años para relatarnos lo que vio, o padeció, o pensó.

Es reconfortante leer obras de tal acabado, sobre todo en este período tan débil de la narrativa colombiana, donde abundan novelistas de una sola y mediana novela, o novelistas

dores que consideran el arte de narrar como un trabajo de fin de semana. Con Germán Espinosa, los lectores de novela —en cualquier parte del mundo— tienen mucho que ganar y disfrutar. Deseamos y esperamos desde ahora la nueva obra que produzca su genio narrativo, sea cual sea la época que trate, aunque a veces quisiéramos —como lectores— constatar cómo deambularía su pluma en torno a los episodios y realidades que marcan ahora nuestra cotidianidad colectiva.

EVELIO ROSERO DIAGO

Luto por el desamor

Un vestido rojo para bailar boleros

Carmen Cecilia Suárez

Ediciones Pijao, Bogotá, 1988, segunda edición, 93 págs.

Este libro nos presenta 36 textos breves, muy breves. En su mayoría hablan del desamor, del abandono, de la soledad y del deseo por un hombre que estas mujeres protagonistas sienten; que esta mujer, una, Marta, o cualquier otra, siente. Como quiera que se nombren: textos, rela-

tos, cuentos, están escritos casi todos en primera persona, con un lenguaje directo y simple, a manera de confesión íntima, de secreto de diario, sin escondederos poéticos ni eufemismos, donde cada cosa es llamada por su nombre. Narran situaciones cotidianas, hechos diarios, como lo son el desafecto, la huida y la consabida espera; momentos que nos llegan hasta el fondo del estómago para revolcarlo un poco. Excepto algunas narraciones, como *Deja que el destino nos una* —donde el protagonista es él, quien se enamora de "la voz de la mujer ideal" y quien muy pronto sufre los reveses del destino—, relato que se sale de la unidad del libro, el resto son una misma historia, un mismo clamor, idéntico deseo, el sufrimiento por su ausencia, el revivir un momento de amor o de pasión, o recordar su olor hasta hacerlo invadir el espacio, o la esperanza puesta en secreto en el oráculo de la bruja al leer las cartas, o en el horóscopo del periódico: "espera que es tu hombre"; o en la untura del "quereme", que ha comprado al indígena. Sí, hablan de la soledad, donde ésta a veces se confunde con el estar sin él; y del amor, quizás equivocado con otros deseos que no son amor. En fin, cuentan del miedo de él. ¿Cómo es que ellos aman?, sería la pregunta o...¿por qué todos se van sin decir nada?

Ella casi nunca tiene nombre y está confundida, pero es sin lugar a dudas la protagonista de la soledad y el deseo, de la cama fría y de una necesidad loca de ser amada por alguien que no la abandone así, como la dejan todos: "Una noche más te esperaré desnuda en mi cama. Ansiaré sentir tu cuerpo sudoroso y tu apremio de otros días. Pero amanecerá y aún no habrás llegado" (pág. 69). Ella es la amante, no la esposa. "Todos dicen que no pareces casada. Posiblemente porque aún guardas, quizá como trofeo de tu lucha, tu sonrisa, tu apertura, tu eros, te sientes mujer. No; la mujer casada debe ser sólo señora, no mujer" (pág. 27). Ella es pura agua, sensualidad, deseo, y amar es su pasión, y también tiene su vida cotidiana, su trabajo y sus sueños. Le gusta escribir, leer, ser

bohemia y sentirse bonita, untarse perfume en los puntos cálidos del cuerpo, "quedarse con su batola amarilla de entre casa".

Ellos —a veces Valentino— son personajes insípidos, sin tiempo, sin espacio, a pesar de insinuarse todo ello, de ser intelectuales, y de la dulzura de la voz que es su añoranza. Por lo general tienen el semblante adusto y una profunda tristeza, porque "sus chisporroteos centelleantes, fulgurantes, que le habían hechizado, eran sólo eso, destellos..." (pág. 63). Ellos son unos varones que van y vienen y se mueven en la sombra; son unos desertores, huyen del deseo porque tienen miedo, miedo al amor, a la ternura, a la pasión de ella, miedo a la verdad; es que ella es la otra. Los escenarios son la soledad de su cama fría o las alfombras, la librería Nacional, El Goce Pagano o El Escondite, el centro de la ciudad. El vestuario: una corbata roja, el vestido también rojo, las peinetas, los collares, el camión de seda. La ciudad de Bogotá, fría, gris y lluviosa, con sus bares, mesitas de cafetería, tintos y capuchinos, testigos de los diálogos; y también las calles — la 22— y, claro, los boleros en la radio.

En resumen, los relatos nos hablan de una espantosa soledad: "Quiero llorar y no puedo. Quiero totemarme, soltarme, no puedo. Escucho el silencio y mi dolor comienza a deshilarne con lentitud. Suelto mis brazos y mis piernas para entregarme, para consumir el matrimonio inevitable con ella: la soledad" (pág. 45).

Su sueño es ser amada por él verdaderamente: "Quiero desnudarme y acariciar todos tus poros. Me volteo en la cama para buscarte y amarte de nuevo y, al no encontrarte, de repente recuerdo que sólo existes en mi sueño de anoche" (pág. 21). Pero su deseo va más allá del sueño, para convertirse en la realidad vulgar y cotidiana: cama fría, sábanas de satén color salmón, heladas, y un deseo infinito de que la acaricien, la besen, la amen. Ya no quiere más abandono: "se quedó tu tamal en la nevera". "Y no te volví a ver, jamás supe por qué". Ya no quiere más espera: "¿Que más hacer, en esta ciudad gris, sino tomar tinto y esperarte?". Ya no más soledad acompañada: "Encorvado como un camarón te abrazas a ti mismo en tu soledad. Yo, a tu lado, en la cama, me reprimo, apretando mis piernas. Quise alcanzarte con amor y no pude" (pág. 64). Ya no más recuerdos: "Paso a paso recordé durante horas aquellas noches de amor. Lo sintió muy cerca. Se estremeció nuevamente ante sus brazos, su boca, sus caricias, su olor".

Los párrafos son breves, las frases cortas, no hay adornos; el lenguaje es tan directo, que se nos escapa la poesía; y nos preguntamos por la literatura cuando nos hastían los excesos del discurso, porque en narraciones tan breves, tres líneas, ya pueden estar de más. A veces las imágenes caen en la afectación y se tornan groseras y burdas, y en algunos diálogos, de todas formas son pocos, los personajes presentados se separan defi-

nitivamente del espacio que ha sido creado, como en *Un vestido rojo para bailar boleros*. Es decir, que en la balanza de la unidad del libro pesa más el contenido —esa voz que le grita al mundo sin vergüenza que siente deseo— que la forma, que sería la literatura, lo poético. Es que el contenido, a veces, como en *Humo y cerveza*, se torna una proclama donde el ambiente se echa a perder y donde ellos dos, los protagonistas que hemos ido construyendo a través de la lectura, desaparecen y nos quedamos en el limbo; entonces quizás de nada sirva reconocernos en lo cotidiano, en lo nuestro o en lo vulgar.

Los 36 textos que integran *Un vestido rojo para bailar boleros* son una selección de la obra narrativa de la escritora Carmen Cecilia Suárez en los últimos siete años, y es su primera publicación. No obstante el esfuerzo de las personas que intervinieron para lograr la edición, que ya va por la segunda, es importante señalar los errores por un lado, mala compaginación; hecho imperdonable, porque nadie quiere ir a buscar dónde estará la página 83 y por otro lado, varios errores de imprenta y uno fatal —página 24—, porque quizás se entienda que es error, pero ¿y si no se entiende?

DORA CECILIA RAMÍREZ

¿Cómo se concibe la aventura?

La tortuga desdentada

Alfonso Lobo Amaya

Edilux, Medellín, 1988, 16 págs. (Ilustraciones de Pilar Pabón Z.)

El maravilloso viaje de Rosendo Bucurú

Celso Román

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 96 págs. (Ilustraciones de Diana Castellanos)

Una aventura en el papel

Roberto Rubiano Vargas

Carlos Valencia, Editores, Bogotá, 1988, 104 págs. (Ilustraciones de Diana Castellanos)

En junio de 1988, Roberto Rubiano Vargas presentaba *Una aventura en*

